

debido a que Stark depende tanto de la publicación semestral de ese banco: *Latin-American Business Highlights*. Cualitativamente Stark no puede igualarse con Raúl Prebisch, Edmundo Flores o Albert O. Hirshman. Pero querer relegar su obra al olvido es tan absurdo como si un instructor de inglés, con un grado de Maestro en Artes, desbarrara en un remoto colegio provinciano alegando que William Faulkner no puede escribir.

BYRON WHITE
Universidad de Puerto Rico

VÍCTOR ALBA, *Historia de la Segunda República Española*, Libro Mex-Editores, México, D. F., 1960; 411 págs.

En edición plagada de erratas de imprenta, nos llega este libro de Víctor Alba sobre la Segunda República en España, extracción y ampliación de su anterior libro *Histoire des Républiques Espagnoles*. El tono del libro, escrito en prosa ágil y amena, nos lo da el mismo autor en una nota preliminar. "Esta historia —nos dice— es, a la vez, objetiva y crítica, más periodística que erudita", donde quizá habría que subrayar el calificativo de periodística, pues en general la impresión que el libro produce al lector es la de un gran reportaje informativo, inteligente, dinámico.

Por lo que se refiere a lo de "objetivo", habría más que hablar. Es indudable, a lo largo del libro, la magnífica intención del autor para ofrecernos un cuadro desapasionado de la República y la Guerra en España y, a mi modesto entender, lo logra en gran medida, aunque yo mantenga reparos inevitables en datos que, por otro lado, son de segundo orden. Dado el estado de la investigación histórica sobre este período en España y fuera de ella, hay números, estadísticas, cifras, que no pueden ser más que aproximadas, provenientes de fuentes que no ofrecen todas las garantías, como pueden ser los periódicos, testigos que presenciaron los hechos bajo una sola perspectiva —como es lógico— organismos e instituciones interesadas en no revelar toda la verdad, rumores improbables, etc. Sin embargo, salvados detalles mínimos de este tenor, el libro nos ofrece una perspectiva amplia y verídica, principalmente de los hechos que van de 1936 a 1939, aunque luego se prolongue hasta sucesos de plena actualidad y recoja antecedentes que se remontan hasta el siglo pasado, durante los años de formación de los grandes partidos obreros. Precisamente, considero que esta es una de las partes más valiosas del libro, por el desconoci-

miento que existe tanto en España como fuera de ella, de los movimientos obreros españoles y sus reivindicaciones; desconocimiento especialmente grave y acentuado entre los jóvenes españoles que no hicieron la guerra civil, entre quienes me cuento.

Y no es baladí esta última afirmación, pues necesariamente mi punto de vista, al leer el libro, habrá de ser distinto de quienes intervinieron en ella directamente. Esto me quita, sin duda, autoridad para hacer una crítica del libro, cosa que, desde luego, no pretendo; mi propósito es aquí mucho más humilde; se trata simplemente de dar cuenta de él y emitir una opinión, que sin duda ha de ser parcial y limitada, pero que quizá ofrezca algún interés, como síntoma de una nueva sensibilidad en los jóvenes españoles.

La impresión general que el libro me ha producido —y seguramente no sería inexacto extender esta opinión a toda la juventud de hoy— es la de una mayúscula ingenuidad por parte de los políticos republicanos. ¿Cómo es posible querer incorporar a la revolución social y a la reforma agraria, por la buena fe y las excelencias del método parlamentario, a las clases tradicionalmente más reaccionarias del pueblo español? Desde luego, hoy somos más desconfiados. Pero, además la lentitud republicana, sus indecisiones y vacilaciones, es algo que hoy exasperaría a cualquier joven de izquierda y les haría frotar las manos de gusto a todos los de derechas. A través del libro resalta con asombro la ingenuidad e irresponsabilidad de aquellos hombres que, no sólo no contaban con la opinión del país, sino que la desconocían absolutamente: por un lado, los republicanos tomaban como maledicencias y rumores infundados los preparativos de rebelión militar y derechista, que originaría enseguida la guerra; por otro, los militares creyeron que de la noche a la mañana podrían derrocar un Gobierno que llevaba cinco años de actuación desinteresada y que había gozado, por lo menos en principio, de un absoluto respaldo nacional. La cosa es como para llevarse las manos a la cabeza y desconfiar definitivamente de nuestros políticos. Pero quizá esta perspectiva no es justa; habría que haber vivido aquellos hechos para situarse en el punto adecuado. Hoy vivimos una situación que es distinta, aunque provocada por aquella, y cuya nota relevante quizá sea el alejamiento cada vez mayor entre izquierdas y derechas; la guerra y la terrible represión que le siguió ha creado un distanciamiento abismal entre lo que la historiografía ha llamado "las dos Españas", distanciamiento que hoy por hoy parece insalvable; de aquí lo irónico que resulta en el libro de Víctor Alba ver como titula, con injustificado optimismo, su cuarta parte: "La Tercera República". La verdad, la terrible verdad, es que en la España de 1962, no se vislumbra ni lejanamente el porvenir de esa tercera República. Por el contrario, se aprecia su enorme dificultad, que va

en apoyo de un nuevo totalitarismo, bien se incline hacia un lado o hacia otro, pero donde se haría difícil lograr el diálogo y la convivencia, que sólo es posible en un régimen de libertad. Resulta triste leer el siguiente párrafo: "El 1º de abril de 1939, virtualmente, se inicia la formación de la tercera República —no proclamada todavía al cabo de 20 años. Franco, en efecto, no resuelve ninguno de los problemas del país, que condujeron a la primera y luego a la segunda República. Los mismos problemas, con el tiempo, conducirán a la tercera" (pág. 261). Si se trata de una profesión de fe, bienvenida sea; pero parece más bien una convicción sin fundamento. El autor, sin duda, ha pasado demasiado tiempo fuera de España y de aquí que esa última parte del libro, que quiere ser esperanzada, sea irónicamente desesperanzadora. Es la que resulta más floja e insostenible, lo que no le quita los méritos señalados al resto. Su valor de información sigue siendo magnífico en ésta como en todas sus partes.

JOSÉ LUIS ABELLÁN